

EL TIEMPO VIVIDO

WENDY MOORE



No es lugar para mujeres



LA HISTORIA DE LAS DOCTORAS
QUE DIRIGIERON EL HOSPITAL MÁS EXTRAORDINARIO
DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

WENDY MOORE



No es lugar para mujeres

La historia de las doctoras que dirigieron
el hospital más extraordinario
de la primera guerra mundial

Traducción castellana de
Pedro Pacheco González

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2021

No es lugar para mujeres. La historia de las doctoras que dirigieron el hospital más extraordinario de la primera guerra mundial

Wendy Moore

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Endell Street. The Trailblazing Women Who Ran World War One's Most Remarkable Military Hospital*

© Wendy Moore, 2020

© de la traducción, Pedro Pacheco González, 2021

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-272-1

Depósito legal: B. 21.785-2020

2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Un buen presentimiento

ESTACIÓN VICTORIA, LONDRES,
15 DE SEPTIEMBRE DE 1914

Louisa Garrett Anderson y Flora Murray esperaban impacientes la llegada de su tren. Altas, esbeltas y serias, tenían un aire de serena autoridad en medio de las catorce mujeres más jóvenes que iban a ir con ellas. Todo el mundo había acudido para despedirlas (familia, amigos y camaradas *suffragettes*) y para entregarles algunos regalos. Llegó una simpatizante con tres cajas llenas de provisiones para el viaje, mientras que otras trajeron frutas, bombones y flores. Rodeadas de sus equipajes de mano, las mujeres parecían sentirse incómodas con su indumentaria: rígidos uniformes nuevos de color marrón grisáceo, faldas «cortas» que justo les llegaban hasta la parte superior de los botines y chaquetas abotonadas hasta el cuello. Ya les habían guardado sus equipajes, y no los verían hasta su llegada, o eso creían, al menos.¹

La estación Victoria estaba muy animada.² En las seis semanas que habían pasado desde que se había declarado la guerra, la terminal ferroviaria había cambiado. Además de los trabajadores que se desplazaban a diario entre su casa y sus arduos trabajos en la ciudad, se podían ver refugiados belgas que habían huido de su país cuando el Ejército alemán lo invadió, y que llegaban con sus escasos fardos de pertenencias y con sus atemorizados niños a cuestas. Traumatizados y desorientados, eran recibidos por voluntarias que habían montado cantinas de emergencia en el vestíbu-

14 lo. También había pasajeros británicos que se habían visto atrapados en el continente y en países muy lejanos cuando estalló la guerra, y que ahora se dirigían hacia sus hogares.

Había muy pocas salidas. Miles de soldados ya habían pasado por la estación Victoria en su viaje hacia Francia y hacia Flandes. Abrumados por el peso de sus petates y alentados por canciones patrióticas, se habían despedido de sus familias y de sus amadas antes de subirse a los vagones. Un viajero, consciente de que muchos de aquellos que se estaban despidiendo no se volverían a ver, llamó a la estación Victoria el «palacio de las lágrimas».³ Los seguirían muchos más. Los soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica, compuesta por el Ejército regular y por reservistas, ya estaban inmersos en el fragor de la batalla en el Frente Occidental, y cientos de miles de hombres más se habían alistado como respuesta a la «llamada a filas» declarada por el nuevo Secretario de Estado para la Guerra, lord Kitchener. Hasta entonces, al menos, los heridos de las primeras batallas estaban empezando a llegar a las estaciones de Londres al amparo de la noche.⁴ Muchos, de hecho, no consiguieron regresar, pues los servicios médicos del Ejército se vieron superados de tal manera por la magnitud y la gravedad de las heridas con las que tuvieron que lidiar que miles de combatientes fallecieron antes de poder ser tratados.

Aquella mañana, sin embargo, a pesar de las temerosas llegadas y de las tristes salidas, la atmósfera de la estación Victoria era predominantemente alegre, sobre todo entre el grupo de mujeres que esperaban para subir al tren con el que empezaba su viaje a Francia. Dejaban aparcada momentáneamente una guerra para pelear en otra.



Cuando estalló la guerra, políticos de todos los colores habían enterrado sus diferencias para luchar contra un enemigo común, y esa misma tregua también se había declarado entre mujeres y hombres.⁵ Al empezar la contienda, y tras unos años en los que el número de activistas que luchaban por el

derecho a voto de las mujeres no había parado de crecer, las líderes de las sufragistas y las *suffragettes* habían dejado de lado sus exigencias. Millicent Fawcett, presidenta de una asociación no combativa —la Unión Nacional de Sociedades por el Sufragio Femenino (NUWSS, por sus siglas en inglés)—, había marcado el camino al pedir a sus simpatizantes que ofrecieran sus servicios a su país a los pocos días de haberse declarado la guerra. «Mujeres, vuestro país os necesita», fue el mensaje que transmitió a sus afiliadas, antes incluso de que apareciese el emblemático cartel de Kitchener en el que hacía el mismo llamamiento dirigido a los hombres.⁶ Emmeline Pankhurst, la matriarca de acero de la Unión Social y Política de las Mujeres (WSPU, por sus siglas en inglés), siguió su ejemplo unos días después, instando a sus *suffragettes* a que suspendieran todo activismo y concentraran sus energías y capacidades organizativas en apoyar a la causa. A cambio, una semana después de declararse la guerra el gobierno anunció una amnistía y liberó a todas las *suffragettes* que se hallaban en la cárcel y que se contaban por centenares.

Aunque algunas incondicionales del movimiento feminista se habían unido a las campañas pacifistas, muchas mujeres se apuntaron a la nueva causa en un arrebato de fervor patriótico. Un grupo de *suffragettes* creó el Cuerpo de Emergencias de las Mujeres para reclutar mujeres que pudieran ocuparse de los trabajos que habían dejado vacantes los hombres al alistarse. Las mujeres acudieron en masa a sus cuarteles generales para ser contratadas como conductoras y como mensajeras motorizadas, o para dirigir comedores comunitarios o albergues para refugiados. Las aristócratas y las damas de la alta sociedad, que hasta hacía muy poco se contaban entre las que reclamaban con más brío el derecho a votar, estaban ahora ofreciendo sus mansiones como clínicas de recuperación para los heridos, así como recaudando fondos para enviar unidades médicas a Francia. Y las mujeres de todas partes, tanto si eran sufragistas como si no, estaban apuntándose para servir como voluntarias en su propio país o en el extranjero.⁷

Esa mañana, mientras esperaban para subirse al tren en la estación Victoria, Louisa Garrett Anderson y Flora Murray fueron de las primeras en darse cuenta de la oportunidad incomparable que suponía la contienda para las mujeres. Sabían que la guerra con Alemania implicaba una terrible amenaza para la nación; sin embargo, también ofrecía a las mujeres una oportunidad única en la vida. Ambas eran doctoras cualificadas, pero ya no estaban en la flor de la juventud. Louisa, de cuarenta y un años, era cirujana, y Flora, cuatro años mayor, era médica y anestesista. Aun así, a pesar de contar con más de diez años de experiencia, ninguna había tenido la oportunidad de trabajar de forma continuada en algún hospital general importante. Dado que los comités encargados de seleccionar al personal de los hospitales estaban formados casi en su totalidad por hombres, a las médicas se les prohibía trabajar o realizar prácticas en los hospitales convencionales, y también se les impedía alcanzar posiciones de alto rango en la profesión. Asimismo, a las mujeres se les prohibía servir como médicas en el Ejército, a pesar de la acuciante necesidad del momento. Aunque su cualificación médica era exactamente la misma que la de sus colegas varones, a Flora y a Louisa solo se les había permitido tratar a mujeres y niños. Así que, hasta ahora, debido tanto a la necesidad como al deseo, habían trabajado en hospitales gestionados por mujeres para tratar solo a mujeres y niños.

La guerra, sin embargo, lo había cambiado todo. A pesar de su absoluta falta de experiencia a la hora de tratar a hombres, o de tratar las heridas de guerra, las dos mujeres decidieron montar su propio hospital de emergencias para los soldados heridos procedentes de los campos de batalla de Francia. Después de reunir a un equipo de jóvenes reclutas —incluidas tres doctoras más, ocho enfermeras, tres auxiliares y cuatro ayudantes varones—, fueron destinadas a París.⁸ Era una apuesta fuerte. No solo se iban a enfren-
tar a peligros desconocidos en una zona de guerra con dieciocho jóvenes a su cargo, sino también a su inexperiencia médica y a los desafíos que les aguardaban. Aun así, puesto que estaban comprometidas con la causa feminista y confia-

ban plenamente la una en la otra, Murray y Anderson vieron el drama que tenía lugar en Francia como su primera oportunidad de demostrar que las mujeres eran igual de válidas que los hombres a la hora de ejercer la medicina.



Louisa siempre había creído que su destino era dedicarse a la medicina. Nacida en 1873, era la hija mayor de Elizabeth Garrett Anderson, la primera mujer que obtuvo una licenciatura en medicina en Gran Bretaña, y James Skelton Anderson, un naviero escocés miembro de una familia de médicos, por lo que creció en un mundo en el que la medicina era tema de conversación habitual.⁹ Aunque pasó una gran parte de su infancia al cuidado de una niñera, Louisa recordaba muy bien los días en que salía en carruaje bajo la lluvia, acompañando a su madre cuando esta salía de su casa situada en el West End londinense para hacer sus rondas como doctora. Algunas veces, incluso la había acompañado al New Hospital para mujeres, fundado por su propia madre en una zona pobre de Marylebone, donde Louisa jugueteaba entre las camas. Una hermana menor había muerto de meningitis cuando ella era todavía un bebé; luego llegó un hermano, Alan, cuando ella estaba a punto de cumplir los cuatro años. Louisa, una niña vivaz e imaginativa, era descrita por su madre como una «criaturita brillante y saltarina, inteligente y con mucho carácter».¹⁰

Al crecer con todas las comodidades de la vida victoriana de clase media, Louisa gozó de una infancia idílica. Mientras sus padres trabajaban en Londres durante gran parte del día, Louisa y Alan correteaban por los extensos terrenos de la casa familiar, cerca de la ciudad costera de Aldeburgh, en Suffolk, bajo la atenta mirada de su niñera. Durante el verano se bañaban en el mar y jugaban con barcos de papel en las charcas, y en invierno patinaban en los estanques helados. Desde los ocho años, Louisa escribía cariñosas cartas a sus padres, a los que apodó «Moodle» y «Poodle», en las que les contaba historias épicas y fantásticas

18 al tiempo que se lamentaba de lo mucho que los echaba de menos. Su despreocupada infancia alimentó su vena rebelde de tal forma que «Louie», que era como la llamaban, decidió con gran determinación que se saldría con la suya aunque tuviera que oponerse tenazmente a su madre, una persona en perpetuo estado de preocupación por la salud de sus hijos.¹¹

Después de recibir clases en casa y de acudir brevemente a una escuela para niñas en Londres, a Louisa la mandaron, a los catorce años, a un internado para chicas, el Saint Leonard, en Saint Andrew's, situado en la costa este de Escocia.¹² El Saint Leonard, una de las primeras escuelas públicas para chicas, se inspiró en las mejores escuelas para chicos del país. Aunque las chicas llevaban recatadas faldas largas y blusas de manga larga, aprendían griego, latín, francés y matemáticas, y jugaban al críquet y al tenis, igual que hacían sus hermanos en Eton o en Rugby. Louisa, inteligente, estudiosa y dotada de un hermoso rostro, hacía amigos fácilmente y se irritaba por la preocupación de su madre. «Tengo que protestar por estos constantes arrebatos emocionales», contestaba con pomposidad cuando su madre temía que estuviera enferma.¹³ Al principio, Louisa se había sentido atraída por las artes: editaba la revista de la escuela y representaba papeles protagonistas en las obras teatrales escolares. Sin embargo, pese a sus muestras de independencia, a los diecisiete años decidió seguir los pasos de su madre e iniciar la carrera de medicina. Y esto, incluso para la hija de la médica más famosa de Gran Bretaña, supondría un auténtico desafío.



La madre de Louisa, Elizabeth Garrett Anderson, había logrado convertirse en la primera mujer de Gran Bretaña en ser incluida en el Registro Médico gracias a una combinación de férrea voluntad y cautela. A mediados del siglo XIX, cuando Elizabeth estaba creciendo, las hijas de las familias de clase media solo tenían una ambición: conseguir un

buen matrimonio. Dado que se consideraba que las mujeres eran física, intelectual y emocionalmente inferiores a los hombres, se pensaba que era innecesario y muy poco femenino que tuvieran una educación de calidad. La mayoría de las chicas de familia adinerada recibían una enseñanza rudimentaria con un tutor en casa y, con suerte, iban después un par de años a un internado, donde se preparaban para la vida de casada. Si seguían solteras al superar los treinta años, las mujeres eran etiquetadas como «solteronas» y consideradas una carga económica para sus padres o hermanos. La única vía disponible para que las mujeres de clase media tuvieran un trabajo remunerado era convertirse en institutrices o en damas de compañía, dos trabajos ampliamente despreciados y apenas por encima del rango de criada. Era comprensible, pues, tal como señalaría Louisa cuando escribió la biografía de su madre, que Florence Nightingale «quisiera morir» antes de cumplir los treinta.¹⁴

Louisa era plenamente consciente de los obstáculos que su madre había tenido que derribar. Nacida en 1836 en el seno de la próspera familia Garrett en Suffolk, Elizabeth tuvo solo dos años de educación formal en una escuela para chicas de Londres desde los trece años.¹⁵ Condenada a permanecer en el hogar hasta el matrimonio, se aburría y se sentía frustrada. Por ese motivo, una vez cumplidos los veinte decidió convertirse en doctora tras conocer a Elizabeth Blackwell, una inglesa criada en Estados Unidos que había obtenido una licenciatura en medicina en 1849 en la Facultad de Medicina de Geneva, en el estado de Nueva York. Cuando regresó a Inglaterra en 1858, Blackwell se había convertido en la primera mujer en ser incluida en el recién creado Registro Médico del Reino Unido.¹⁶ Siguiendo un patrón que iba a ser cansinamente familiar para las mujeres que se atrevieron a seguir sus pasos, esa puerta se cerró de inmediato cuando el Consejo General Médico (GMC, por sus siglas en inglés) decidió que los médicos que se licenciaban en el extranjero no podían figurar en el registro. Cuando Elizabeth Garrett manifestó su vocación, su madre se encerró en su cuarto y se echó a llorar. Su pa-

20 dre, que en un principio rechazó la idea, se convirtió en uno de sus mayores aliados.

Durante los siguientes seis años, Elizabeth luchó contra todas y cada una de las organizaciones médicas e instituciones educativas para alcanzar su sueño. Inicialmente, se preparó como enfermera durante seis meses en el hospital Middlesex de Londres, donde convenció al farmacéutico del hospital para que la aceptara como alumna; también acudió a las conferencias médicas, hasta que su presencia irritó a los estudiantes varones cuando respondió a una pregunta que nadie más supo responder, lo que provocó que a partir de entonces le prohibieran acudir a las clases. Una tras otra, todas las facultades de medicina de Inglaterra y Escocia rechazaron admitirla. Sin embargo, tras completar sus cinco años de formación farmacéutica, en 1865 aprobó el examen de la Sociedad de Farmacéuticos y, de esa forma, logró que se incluyera su nombre en el Registro Médico, convirtiéndose así en la primera mujer cualificada de Gran Bretaña en conseguirlo. Huelga decir que la Sociedad de Farmacéuticos revisó su reglamento para evitar que otra mujer pudiera seguir su ejemplo.

Después de cumplir con los requisitos para ejercer como doctora en Gran Bretaña, Elizabeth se sacó también el título de medicina en París (fue la primera mujer en conseguirlo) y luego, poco a poco, desarrolló una carrera en Londres. Incluso se las arregló para unirse en 1873 a su división local de la Asociación Médica Británica (BMA, por sus siglas en inglés), la organización profesional de médicos. Dos años más tarde, la conferencia anual de la BMA se vio sacudida por un terremoto cuando los delegados se dieron cuenta, para su horror, de que uno de sus miembros llevaba un miriñaque y, como era de esperar, a partir de entonces prohibieron que se aceptaran más mujeres como miembros. Elizabeth seguiría siendo la única mujer en la BMA durante los siguientes diecinueve años.¹⁷

Cuando Elizabeth se casó con el padre de Louisa, James Skelton Anderson, un socio de la Orient Steamship Line, sus amistades dieron por hecho que abandonaría su carrera.

Lejos de prescindir de su independencia, Elizabeth no solo continuó ejerciendo de forma privada, sino que colocó diez camas encima del dispensario que había fundado en Marylebone, creando así el New Hospital para mujeres. Allí empezó a ofrecer tratamiento a las mujeres pobres del distrito, y, además, intentó que otras futuras médicas adquirieran experiencia clínica. Sin embargo, todas las puertas que Elizabeth abrió fueron rápidamente cerradas de un portazo por la clase médica masculina, y las aspiraciones de otras mujeres que querían seguir sus pasos y estudiar medicina se desvanecieron en un instante, a pesar de que pusieron todo su empeño en lograrlo.

Cuando siete mujeres que habían sido admitidas en 1869 como estudiantes en la Universidad de Edimburgo se presentaron a un examen de anatomía al año siguiente, los estudiantes varones las recibieron lanzándoles barro y profiriendo insultos de índole sexual.¹⁸ Es posible que el ataque fuese incitado por algunos de los profesores de la universidad. Un dictamen jurídico declaró después que, para empezar, las mujeres nunca deberían haber sido admitidas en la universidad y que, por lo tanto, no iban a poder licenciarse en ningún caso. Algunas mujeres, mientras tanto, lograron graduarse en medicina en distintas universidades del continente que iban abriendo sus puertas de forma gradual a las estudiantes, aunque esto no las autorizaba para ejercer en Gran Bretaña. Una de esas mujeres de Edimburgo, Sophia Jex-Blake, no se resignó a ser derrotada, y en 1874 fundó una facultad de medicina exclusivamente para mujeres: la Facultad de Medicina para Mujeres de Londres (LSMW, por sus siglas en inglés). A pesar de sus diferencias personales, Elizabeth Garrett Anderson se unió al personal docente, compuesto, por otro lado, únicamente por hombres. Sin embargo, ninguno de los diecinueve organismos médicos examinadores daría validez a los estudios allí realizados. Un debate llevado a cabo el año siguiente en el GMC sobre las «dificultades especiales» que conllevaría el hecho de permitir que las mujeres se convirtieran en médicas puso de manifiesto la preocupación existente sobre el menor ta-

22 maño del cerebro femenino y sobre la falta de decoro que supondría permitir que estudiantes de ambos sexos se mezclaran en la sala de disección.¹⁹

La hostilidad hacia la idea de que las mujeres pudieran ejercer como médicas se intensificó durante la década de 1870. Un destacado médico declaró que antes llevaría a su única hija a la tumba que permitirle estudiar medicina.²⁰ El *British Medical Journal* temía que el «Templo de la Medicina» fuese «asediado por hermosas invasoras», mientras que *The Lancet* advertía de una potencial «invasión de amazonas».²¹ Finalmente, las barreras cayeron cuando el Parlamento aprobó la Ley de Medicina de 1876, que permitía la admisión de mujeres por parte de las universidades, aunque no las obligaba a ello.²² Ese mismo año, el Real Colegio de Médicos de Irlanda aceptó reconocer a la LSMW y examinar a sus estudiantes, proporcionándoles una manera de cumplir con los requisitos para ser incluidas en el Registro Médico. Un año después, la LSMW llegó a un acuerdo con el Hospital Royal Free, que tenía problemas de liquidez, para proporcionarles estudiantes con experiencia clínica a cambio de suculentos pagos. Poco después, la LSMW pasó a formar parte de la Universidad de Londres. Poco a poco, otras universidades británicas siguieron su ejemplo y admitieron mujeres en sus facultades de medicina, aunque Oxford y Cambridge continuarían prohibiéndoles el acceso a los estudios de medicina hasta 1914.

La batalla por el acceso de las mujeres a los estudios de medicina había acabado en victoria. Cuando, en 1890, Louisa Garrett Anderson se propuso convertirse en médica, a las mujeres se les permitía en teoría estudiar medicina y ejercerla, aunque la mayoría de ellas lo hacían en la LSMW. En 1891 ya habían añadido su nombre al Registro Médico unas cien médicas.²³ Sin embargo, obtener una preparación de posgrado y poder adquirir experiencia en un hospital era otra cuestión. El camino que tenían que seguir los hombres que quisieran ascender en la carrera médica era, por regla general, sencillo y directo. Tras prepararse en una reputada facultad de medicina, lo habitual era que les ofrecieran un puesto de

asistente en el hospital vinculado a esa facultad y que, con las conexiones y apoyos oportunos, progresaran hasta llegar a un puesto mejor en alguna especialidad, como cirugía o ginecología. Los trabajos hospitalarios eran voluntarios y sin salario (los hospitales eran organizaciones benéficas que trataban solo a los pobres, mientras que los pacientes más ricos eran atendidos en casa o en residencias privadas), pero constituían la vía para llegar a tener consultas privadas lucrativas en el campo elegido. Al no poder acceder a estas redes masculinas, este era un camino vetado para las mujeres.

Ninguna de las principales facultades de medicina aceptaba mujeres estudiantes, y los reales colegios médicos de Londres y Edimburgo les prohibieron hacer los exámenes de especialidad necesarios para progresar tanto en cirugía como en medicina en general. Salvo en el Royal Free y en uno o dos hospitales más de otros lugares, las juntas de nombramientos, compuestas íntegramente por hombres, simplemente no tenían en cuenta a las mujeres para los puestos de menor rango de los hospitales. Al no poder trabajar en las especialidades de cirugía y medicina, y al no poder tratar a los hombres, las mujeres no podían dar ese primer paso imprescindible en sus carreras que las podría llevar a ocupar puestos importantes en los hospitales y a tener carreras profesionales exitosas. A las mujeres, por lo tanto, la única opción que les quedaba era aspirar a trabajos mal pagados y de poca categoría como médicas en escuelas, cárceles y manicomios, o salir del país para ocupar los puestos que no querían los hombres en las misiones médicas (alrededor de una tercera parte de las licenciadas en la LSMW se marcharon al extranjero) o para desempeñar cualquier otro trabajo en los hospitales creados y gestionados por mujeres para tratar a mujeres y niños.²⁴ Cuando, a los diecisiete años, se decidió a estudiar medicina, Louisa sabía que los obstáculos a los que tendría que hacer frente iban a ser muchos, y las oportunidades, pocas.



24 A los dieciocho años, Louisa dejó el Saint Leonard y pudo disfrutar de unas vacaciones en París con su madre y su hermano, y luego se quedó ella sola con una familia francesa para perfeccionar el idioma. A su madre todavía le preocupaba la salud de su hija, y señalaba que «se convertirá en una mujer dulce y encantadora *si vive*, pero me gustaría mucho verla más fuerte». ²⁵ Louisa, que sin duda alguna era más fuerte de lo que creía su madre, sobrevivió a su estancia en Francia y se pasó el año siguiente en el Bedford College de Londres, exclusivo para mujeres, estudiando ciencias para preparar su ingreso en la facultad de medicina. Al año siguiente, en otoño de 1892, ingresó en la LSMW, donde su madre era decana, junto a otras treinta estudiantes. Trabajó duro, ganó varios premios, se licenció en medicina al final de una carrera de cinco años, y obtuvo el título de especialista en cirugía al año siguiente. Ahora que por fin había conseguido el título legal exigido para ejercer como médica, empezó su lucha para conseguir su primer trabajo en un hospital.

Dado que no tenía posibilidades de obtener una plaza en alguno de los hospitales generales, entre 1898 y 1899 Louisa aceptó puestos de bajo rango en dos hospitales benéficos en zonas pobres del sur de Londres. ²⁶ Se doctoró en medicina en 1900 en la Universidad de Londres, cuando tenía veintisiete años. Para entonces, ya había decidido que quería ser cirujana. A su madre nunca le había gustado operar, diría más adelante Louisa, pero la joven se sentía inspirada por otra médica, Mary Scharlieb, que había trabajado en la India. ²⁷ Viéndola ejecutar una cirugía abdominal compleja en el New Hospital, Louisa se sintió sobrecogida al comprobar que «sus esbeltas manos parecían moverse a una velocidad maravillosa». Al año siguiente, cuando el Royal Free eligió dos de sus seis puestos de médico asistente para mujeres, Louisa fue elegida como cirujana, siendo una de las primeras mujeres en obtener un puesto de bajo rango en un hospital general, aunque se limitaría a ejercer en las salas para mujeres y solo durante seis meses.

Ansiosa por adquirir más experiencia clínica, se vio forzada a buscar oportunidades en el extranjero. Antes de eso, en 1901, pasó algunas semanas con una amiga en París acu-

diendo a conferencias de anatomía e incluso asistió a una operación; «íbamos vestidas con los mismos delantales que utilizaban los hombres en las operaciones», le contó a su madre.²⁸ Luego, en diciembre, se embarcó con una amiga rumbo a Estados Unidos para asistir a conferencias en dos de las facultades más prestigiosas del país.

Al llegar a Baltimore, Louisa se matriculó como estudiante de posgrado en la Facultad de Medicina del Hospital Johns Hopkins, que admitía mujeres en las mismas condiciones que los hombres. Aunque Baltimore le pareció una ciudad «aletargada», le impresionó un profesor de medicina de la facultad, el doctor William Osler, que recalca un concepto novedoso: la importancia de escuchar a los pacientes a la hora de elaborar un diagnóstico. Era una práctica que Louisa se esforzaría en seguir. Cuando se trasladó a Chicago, la sorprendió la «animosidad y suciedad» de la ciudad con sus «casas» de diecisiete pisos de altura, pero las conferencias de medicina del doctor Nicholas Senn, profesor de cirugía en la Facultad de Medicina Rush, hicieron que la experiencia le valiera la pena.²⁹

Hacinada en la sala de conferencias junto a otros 500 estudiantes, Louisa se quedó absorta cuando Senn presentó a unos treinta pacientes de uno en uno, y luego, después de beberse un vaso de leche con huevos batidos, realizó cinco o seis operaciones importantes y otras tantas de menor entidad. Tras haber servido como cirujano en Cuba en 1898 durante la guerra hispano-estadounidense, Senn era un experto en cirugía militar y en el tratamiento de heridas. Es posible que inculcara a Louisa el deseo de dedicarse también a la cirugía de guerra. Su experiencia americana confirmó su deseo de convertirse en cirujana, aunque no tenía a su alcance llegar a ocupar un puesto permanente en un hospital. En Londres, París y Chicago observó cómo se operaba a hombres, mujeres y niños, e incluso ayudó en algunos casos, pero le faltaba la experiencia directa de operar por sí misma.



26 Al regresar a Londres en 1902, cuando la época victoriana estaba dando paso al siglo xx, las perspectivas de Louisa no eran muy prometedoras. Su hermano Alan había seguido los pasos de su padre en el negocio naviero familiar después de estudiar en Eton y luego en Oxford. Cuando Alan se casó, en 1902, tenía asegurados tanto su futuro sustento como su trayectoria profesional. Louisa, por su parte, al vivir todavía en la casa familiar de Londres, disfrutaba de una generosa renta que recibía de sus padres. Sin embargo, a pesar de que su preparación y experiencia eran iguales a las de sus coetáneos varones, no tenía ninguna posibilidad de conseguir un puesto como cirujana en un hospital importante para irse labrando el estatus profesional que ansiaba. Ya había más de 200 doctoras inscritas en el Registro Médico, pero casi todas ellas trabajaban en hospitales administrados por mujeres, o en dispensarios en los que solo se trataba a mujeres y niños. Una médica emprendedora dirigía dos sanatorios en los que se trataba tanto a mujeres como a hombres enfermos de tuberculosis, y un puñado de médicas tenía consultorios en el West End a los que acudían damas de la alta sociedad que preferían ser examinadas por una mujer en lugar de por un hombre.³⁰ Esa preferencia no solo era considerada excéntrica, sino que también contaba con la firme oposición de los médicos varones, deseosos de proteger sus muy lucrativas prácticas ginecológicas. Las críticas hacia las «damas médicas» se hicieron más fuertes que nunca. Por lo tanto, Louisa no tuvo otra opción que aceptar un puesto en un hospital administrado por mujeres para tratar a mujeres y niños.

Cuando su madre se retiró a Suffolk, en 1902, Louisa se unió al equipo del hospital fundado por su madre, el New Hospital para mujeres, que se había trasladado recientemente a unas instalaciones más grandes en Euston Road. Allí trabajaría hasta que estalló la guerra, primero como cirujana asistente y más tarde como cirujana principal.³¹ Con cuarenta y dos camas y un ajetreado departamento para pacientes ambulatorios que dirigir, las catorce mujeres del equipo médico eran requeridas constantemente. Las muje-

res de clase obrera de todo Londres acudían en masa al New Hospital para ser tratadas por las médicas; muchas estaban gravemente enfermas después de esperar durante meses o años asistencia médica. Una paciente acabó sometándose a una operación exitosa en el New Hospital, después de haber estado padeciendo dolores durante cuatro años porque su médico le decía a su marido que estaba sufriendo «histeria».³² En 1913, el hospital se amplió para disponer de una sala dedicada al cáncer, una sala de aislamiento (para las enfermedades venéreas) y un departamento de rayos X. Ese año, el equipo médico trató a unas 900 pacientes hospitalizadas, atendió a 300 mujeres que dieron a luz en casa y visitó a más de 32.000 pacientes ambulatorias.

En el New Hospital, Louisa estaba muy ocupada realizando operaciones ginecológicas además de algunas cirugías generales. Afrontaba su trabajo con un riguroso método científico, a juzgar por un artículo de investigación que publicó conjuntamente con la patóloga del hospital en 1908, en el que analizó 265 casos de cáncer de útero tratados durante los doce años anteriores.³³ El artículo, en el que incluía resultados de algunas de sus propias operaciones de histerectomía, no solo hacía hincapié en la importancia de hacer un seguimiento de los pacientes después de las operaciones para evaluar qué método quirúrgico era más exitoso, sino también en la necesidad de que las cirujanas trabajaran de cerca con las patólogas. Mientras tanto, en 1903 montó un consultorio para atender a pacientes en una casa que su padre le había comprado en Harley Street, la zona más popular de Londres en cuanto a consultorios médicos.³⁴ El apellido familiar atrajo a algunos pacientes; en 1910, Louisa firmó el certificado de defunción de Florence Nightingale.³⁵

Sin embargo, pese a las conexiones familiares, Louisa no podía progresar en su carrera como cirujana mientras los hombres siguieran teniendo las llaves de acceso a los principales hospitales londinenses y a los puestos de especialista. Aunque la generación de su madre (la de las médicas pioneras) aceptó con agrado el hecho de trabajar únicamente

28 en hospitales en los que solo se trataba a mujeres, no ocurría lo mismo con Louisa y sus contemporáneas, la segunda generación de médicas.³⁶



No era de extrañar que, considerando la injusticia y la discriminación a las que tuvo que hacer frente, Louisa Garrett Anderson se sintiera atraída por la lucha a favor de los derechos de las mujeres. También en este campo siguió los pasos de su familia, ya que su madre había apoyado el sufragio femenino desde el principio. Ya en 1866, Elizabeth Garrett Anderson presentó junto a otras compañeras una petición en el Parlamento en la que se abogaba por el derecho a voto de las mujeres.³⁷ Sin embargo, fue la tía de Louisa, Millicent Garrett Fawcett, la hermana menor de su madre, quien abanderó la lucha por el derecho de las mujeres a votar. En 1897, la tía Millie se había convertido en presidenta fundadora de la NUWSS, organización que hizo campaña a favor del voto femenino por vías democráticas. En 1903, a sus treinta años, Louisa era muy activa en diversas organizaciones afiliadas a la NUWSS. Pero en 1907 ya se mostraba impaciente ante las tácticas moderadas de los sufragistas, que no habían logrado nada más que palabrería del gobierno liberal. Así que se unió a la recién formada y mucho más beligerante WSPU (las *suffragettes*), dirigida por la formidable Emmeline Pankhurst y su carismática hija, Christabel. En comparación con la tímida seriedad de los sufragistas, las *suffragettes* proporcionaban una perspectiva más excitante y glamurosa. Al oír hablar a Christabel, una simpatizante declaró: «Me emocionó hasta la médula».³⁸ Louisa realizó importantes donaciones al WSPU y se unió a sus manifestaciones de protesta, hablando en varias de ellas y liderando a las mujeres licenciadas en medicina en una de sus marchas.³⁹

A medida que las protestas se fueron generalizando, y mientras se producían arrestos masivos de mujeres que se encadenaban a las barandillas para sabotear los mítines elec-

torales, Louisa aplaudió la política de desobediencia civil de la WSPU e incluso intentó persuadir a la tía Millie de que se uniera a la asociación. En 1908, exasperada por los continuos vaivenes de Herbert Asquith, el primer ministro liberal, Louisa instó a su tía a que apoyara a la WSPU en «acciones más contundentes». A pesar de las dos enormes manifestaciones que organizaron la NUWSS y la WSPU ese verano, el gobierno permaneció intransigente. «Sin duda alguna, debemos hacer *algo*», le dijo a la tía Millicent.⁴⁰ «Ellas [la WSPU] quieren protestar de inmediato, y a gran escala, y a menos que podamos protestar constitucionalmente y con eficacia, creo que todas las que puedan hacerlo tienen el deber de unirse a ellas.» No hacer nada, insistía, «es demasiado ineficaz». Su petición fue infructuosa (Milliecent Fawcett se opuso cada vez con más fuerza al enfoque inflexible de la WSPU), pero Louisa tuvo más éxito con su madre. Ese verano, Elizabeth Garrett Anderson se unió a la WSPU, lo que supuso un duro golpe para la señora Pankhurst, y además habló en varias manifestaciones. Unos meses más tarde, Louisa se hallaba entre el público cuando unas *suffragettes* intentaron invadir la Cámara de los Comunes y más adelante testificó en apoyo de la acción llevada a cabo cuando la señora Pankhurst fue juzgada por incitación.⁴¹

Al año siguiente, en octubre de 1909, mientras las *suffragettes* que estaban en huelga de hambre eran alimentadas a la fuerza por los médicos de la prisión por primera vez, Louisa estaba presentando la reunión inaugural de la Liga Femenina de Resistencia Fiscal en su casa de Harley Street.⁴² La asociación, que se oponía al pago de impuestos debido a que se les negaba tener representación, incluía entre sus miembros a varias mujeres médicas. Y un año más tarde, cuando Asquith provocó su enfado al bloquear una nueva ley cuya aprobación había prometido, Louisa estaba preparada para actuar siguiendo el lema de la WSPU: «Hechos, no palabras».

Tras alertar a la junta del New Hospital de que podría ser detenida, el 18 de noviembre de 1910 se unió a su ma-

30 dre en el escenario de un nuevo mitin en Caxton Hall, en el centro de Londres, junto a la señora Pankhurst y otras líderes *suffragettes*.⁴³ Después de que hablara la señora Pankhurst, las Garrett-Anderson la acompañaron fuera del salón para encabezar una marcha de 300 mujeres hasta la Cámara de los Comunes. En Parliament Square las esperaba un grupo de policías y de vándalos contratados que les bloquearon el paso. Aunque se permitió pasar a la señora Pankhurst y a Elizabeth Garrett Anderson, otras mujeres recibieron golpes y empujones. «Casi me desmayé —dijo una de las presentes—, pero gracias a Louie Garrett Anderson conseguí que me dejaran pasar.»⁴⁴ En el campo de batalla en que se convirtió la zona, más de cien mujeres fueron arrestadas, y muchas resultaron heridas y acosadas sexualmente. La propia Louisa fue arrestada pero puesta en libertad sin cargos. Ese día pasó a ser conocido como el «Viernes Negro». Dos años más tarde, espoleada por el aumento de la violencia, Louisa se preparó para dar un paso crucial en su apoyo a la causa feminista.

El 4 de marzo de 1912, se unió a una protesta masiva de *suffragettes*, que marcharon a través del West End londinense rompiendo ventanas con martillos y piedras. Esta protesta vino motivada por los insultos de un parlamentario liberal, Charles Henry Hobhouse, que proclamó que, si la campaña que defendía el derecho de las mujeres a votar contara con un apoyo popular real, las mujeres quebrantarían la ley como los hombres que protestaron por la Ley de Reforma de 1832. Louisa fue arrestada por lanzar una piedra a una ventana de Knightsbridge y sentenciada a seis semanas de trabajos forzados en la cárcel de Holloway. Se declaró culpable y dijo que su acción había sido una «protesta política» motivada por el comentario de Hobhouse sobre la campaña de 1832. Y añadió: «Estamos disputando la misma batalla que se peleó entonces, y si este es el único argumento que puede entender el país, estamos obligadas a utilizarlo».⁴⁵ Fue un paso valiente y peligroso. Como médica, estaba arriesgando su reputación al participar en actividades no solo violentas, sino incluso delictivas. Aprove-

chando su estatus como figura de perfil alto, los periódicos difundieron su condena con titulares como «Dama médica condenada»; aunque uno, al menos, sintió la necesidad de señalar que no era su madre, que casi había adquirido el estatus de tesoro nacional, quien estaba sentada en el banquillo de los acusados.⁴⁶ La tía Millie tampoco estaba muy satisfecha. El reportaje del *Times* sobre la sentencia de Louisa aparecía junto a un artículo en el que se informaba de que Millicent Fawcett condenaba las acciones llevadas a cabo por las *suffragettes*.⁴⁷

Resignada con el mejor de los ánimos a pasar una temporada tras los barrotes en la tristemente célebre cárcel de Holloway, Louisa logró mandar de contrabando varias cartas a su madre, escritas con lápiz en un papel ultrafino.⁴⁸ Por entonces, su madre había roto sus vínculos con la WSPU, pero Louise le contó que ella se sentía «feliz y orgullosa» de sus acciones porque creía que «esta clase de lucha [...] es necesaria para que nuestra Causa resulte victoriosa». A pesar de las duras camas, la mediocre comida y la falta de libertad, le quitó hierro a su situación, comparando la cárcel con un «hotel mal cuidado con comida monótona, ¡y timbres a los que nadie responde!». En una demostración de estoicismo que le sería de gran utilidad durante los años posteriores, describió su descanso forzoso como unas «vacaciones».

Lejos de disuadirla de su futura militancia, el encarcelamiento de Louisa reforzó su lealtad a la causa feminista y acrecentó su deseo de estar en el centro de la acción. «Esta es la experiencia más maravillosa que jamás he tenido», dijo entusiasmada. Y añadió: «Tengo la inmensa fortuna de pertenecer a esta época y de *estar viviendo* esto, de estar en el centro de la acción». Ver en la cárcel a mujeres desesperadamente pobres encerradas por robos pequeños o por prostitución, algunas de ellas con bebés, la entristeció enormemente y le dio más fuerzas para luchar por la mejora de la calidad de vida de las mujeres. «Nunca antes tuve tan claro por qué soy sufragista», escribió. Por otra parte, el compañerismo entre las presas *suffragettes* contribuía a conservar la moral alta. Mientras la señora Pankhurst levantaba el ánimo

32 del grupo, la compositora Ethel Smyth dirigió a las mujeres en una interpretación del himno de las *suffragettes* agitando su cepillo de dientes desde la ventana de su celda.

Una prisionera describió a Louisa bailando un Highland Fling con otra presa y organizando partidas de críquet con trozos de madera.*⁴⁹ «La doctora Louisa Garrett Anderson es nuestra guía, con la ayuda de la doctora Ethel Smyth», dijo. Otra presa, que escribía un diario secreto, dijo de Louisa: «Me distrae enormemente verla correr tanto mientras juega [...] bajo la sombra de los muros de la cárcel».⁵⁰ Mientras tanto, Alan, el hermano de Louisa, utilizó su influencia empresarial para persuadir al Ministerio del Interior de que liberara a su hermana cinco días antes, alegando que así su familia podría animarla a que moderase su rebeldía.⁵¹ El ministro de Interior, Reginald McKenna, aprobó que la liberaran antes de Pascua, por lo que ya estaba en casa cuando sus compañeras iniciaron una huelga de hambre.⁵² Louisa protestó por su trato de favor, diciendo en una reunión de *suffragettes* celebrada dos semanas después que, debido a su posición social, «el Ministerio del Interior creyó que debería pasar la Pascua con mi familia», mientras que otras prisioneras habían pasado ese día tras los barrotes.

Aunque Louisa abandonó la WSPU unos meses después junto a otras mujeres, por su oposición a la conducta cada vez más autocrática de la señora Pankhurst, su estancia en la cárcel la hizo más radical, no menos. Fue en medio de esta atmósfera de intensa agitación política cuando Louisa conoció a Flora Murray.



Nacida en 1869 en Dumfriesshire, en el concejo escocés de los Scottish Borders, Flora Murray era la hija de un comandante naval jubilado con una larga tradición escocesa y pro-

* El Highland Fling es un baile nacional de Escocia que se caracteriza por su energía y que consiste en una serie de complejos pasos que se dan sobre un mismo punto. (*N. del t.*)

pietario de una extensa finca en el campo.⁵³ Los Murray, una prominente familia local, llevaban viviendo en su hogar, Murraythwaite, desde hacía casi quinientos años. Flora, la cuarta de seis hijos, había crecido en una gran mansión construida en medio de exuberantes jardines rodeados de bosques y tierras de cultivo. Pese a todo, su infancia no estuvo exenta de disgustos. Su padre, John Murray, el decimosexto terrateniente, murió cuando ella tenía tan solo tres años, por lo que su madre, Grace, tuvo que criar a sus seis hijos y gestionar la propiedad por sí sola. Aunque tenían ingresos procedentes de los aparceros y de las acciones en bolsa, no quedaba demasiado para lujos. Sin embargo, Flora pudo asistir a clases privadas en Edimburgo y acudir a internados para chicas en Londres y Alemania. Cuando estaba en casa, se codeaba con la aristocracia local en cacerías y bailes, escoltada por su hermano mayor William, el decimoséptimo terrateniente.

Aunque era cuatro años mayor que Louisa, Flora empezó su carrera de medicina más tarde. A los veintiún años empezó a prepararse durante seis meses como enfermera en el Hospital de Londres, en Whitechapel. Y en 1897, a los veintiocho años, a una edad madura en comparación con Louisa, decidió convertirse en médica y enrolarse en la LSMW, justo en el mismo año en que Louisa abandonaba la organización. Solo dos años después, en enero de 1900, el segundo hermano mayor de Flora, Fergus, capitán de los Scottish Rifles, murió en la guerra de los bóers a los treinta y un años de edad. A pesar de haber sufrido heridas en cuatro sitios distintos, el capitán Murray siguió al mando de sus tropas hasta que finalmente murió. Es posible que su muerte en el campo de batalla inspirara a Flora para trabajar en alguna actividad relacionada con el Ejército. Ese mismo año dejó la LSMW, probablemente para estar más cerca de su afligida familia, y completó su preparación en la Universidad de Durham. En 1903 se licenció en medicina y cirugía antes de obtener su doctorado en medicina en 1905.

Como el resto de las mujeres médicas, Flora tenía ante sí un muro que franquear, y tuvo que empezar trabajando en

34 un puesto de asistente en la Crichton Royal Institution, un enorme manicomio victoriano cerca de su hogar familiar, para encargarse de las pacientes. Al mudarse a Londres en 1905, no le quedó otra opción que seguir el camino de otras médicas y aceptar trabajos de voluntariado en pequeños hospitales para mujeres y niños. Flora trabajó como cirujana interna en el Hospital Belgrave para Niños en el sur de Londres, y como anestésista asistente en el hospital de Chelsea para mujeres. Motivada por su interés en la salud y anestesia infantiles, en 1905 publicó un artículo en *The Lancet* sobre la forma más segura de administrar la anestesia a los niños; también defendió la idea de los «visitantes sanitarios», que serían los encargados de ofrecer consejos sobre el bienestar infantil a las madres pobres en sus propias casas.⁵⁴

A pesar de sus ambiciones personales y de su determinación para mejorar la atención médica, Flora se topó con los mismos obstáculos que las demás médicas a la hora de perseguir sus objetivos. Solo contaba con unos limitados ingresos procedentes de los pacientes privados —posiblemente complementados por una prestación de su familia—, así que no puede decirse que fuera rica. «Durante sus primeros años tuvo que soportar constantemente unas condiciones profesionales y económicas muy duras», diría Louisa más adelante.⁵⁵ Los problemas eran realmente irritantes. A Flora cada vez le causaba más enojo ver a sus colegas varones, con unas capacidades iguales o inferiores a las suyas, ascender sin esfuerzo alguno. En un apasionado artículo que apareció en el *New Statesman* en 1913, despotricaba en contra de las desigualdades y denunciaba la discriminación existente.⁵⁶ En su artículo mencionaba que a las mujeres se les negaba la entrada en las facultades de medicina, y que se les impedía realizar posgrados y trabajar en los hospitales. «Los nombramientos para un puesto de trabajo son reconocimientos profesionales. Los designa el consejo de administración, que, por lo general, está compuesto íntegramente por hombres, bajo el consejo de un equipo médico compuesto también solo por hombres, por lo que suelen concedérselos únicamente a hombres.»